

Inscripciones psíquicas primordiales en la adolescencia: La huella mnémica orgásmica

Gabriel Donzino*

Resumen

El artículo plantea si debería darse en la adolescencia algún tipo de inscripción, específica y propia de este tiempo de la subjetivación. Desarrolla el valor fundante de las inscripciones primordiales tempranas considerando que las experiencias específicas y novedosas de la adolescencia deben tener su modo de inscripción primordial aunque éstas sobre un psiquismo ya fundado, marcado por la historia edípica y narcisista.

Propone denominar al conjunto de estas experiencias como: "Inscripción primordial de la huella mnémica orgásmica". Considerando esta inscripción como la escritura de una nueva búsqueda de placer sexual y de relación con los otros.

Considera que este aporte conceptual contribuye a pensar que lo que la mayoría de los teóricos plantean sobre los trabajos simbólicos de la adolescencia, no se dan por "entrar en la adolescencia" sino que es necesario una nueva inscripción que permita y garantice la efectividad de aquél trabajo.

Palabras clave: inscripciones psíquicas específicas en la adolescencia; huella mnémica orgásmica; trabajos psíquicos en la adolescencia.

Summary

* Psicólogo Psicoanalista. Profesor Titular de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños de UCES (en convenio con APBA).

Organiza:



Fundación
**SOCIEDADES
COMPLEJAS**


Auspician:

N
noveduc

eccolequá
consultora educativa

Convocan:

 UNIVERSITÉ
PARIS DESCARTES

 PSYCHOLOGIE CLINIQUE
PSYCHOPATHOLOGIE
PSYCHANALYSE

 UCES
apba asociación
de psicólogos
de Buenos Aires
Carrera de Psicoanálisis con adolescentes

CILA
Collège International
de l'Adolescence

APU
Laboratorio de Adolescencia
Asociación Psicoanalítica del Uruguay

The article points out whether there should occur some kind of inscription in adolescence, that is both specific and characteristic of this stage of subjectivation. The founding value of the early first inscriptions is also developed, pointing out that new specific experiences in adolescence must reach their first inscription somehow, even though it occurs on an already founded psychism, marked by Oedipic and narcissistic history.

It is suggested to name the entire group of such experiences as “Fundamental inscription of the orgasm mnemonic trace”. Considering this inscription as the mark of a new search for sexual pleasure and relation with others.

With this conceptual contribution, this article adds to the analysis of the ideas put out by most theorists on the symbolic works in adolescence, in that they do not occur “just because of the start of adolescence”, but instead, that a new inscription is necessary to allow and guarantee the effectiveness of such work.

Key words: adolescence-specific psychic inscriptions; orgasm mnemonic trace; psychic works in adolescence.

Résumé

Le présent article se demande si l'adolescence devrait présenter un certain type d'inscription spécifique et propre à ce stade de la subjectivation. Il développe également la valeur fondatrice des inscriptions primordiales précoces, considérant que les expériences spécifiques et nouvelles de l'adolescence ont probablement leur mode d'inscription primordiale –mais celles-ci sur un psychisme déjà fondé-, marqué par l'histoire œdipienne et narcissique.

L'auteur propose attribuer à l'ensemble de ces expériences la désignation d' "inscription primordiale de la trace mnésique orgasmique", car il entend cette inscription comme l'écriture d'une nouvelle quête de plaisir sexuel et de rapport avec les autres.

Il considère que cet apport conceptuel contribue à penser que ce que la plupart des théoriciens abordent dans les travaux symboliques de l'adolescence ne se produit pas du fait "d'entrer dans l'adolescence", mais qu'une nouvelle inscription est nécessaire qui permettra et garantira l'effectivité du travail.

Mots clés: inscriptions psychiques spécifiques dans l'adolescence; trace mnésique orgasmique; travaux psychiques dans l'adolescence.

Comenzaré planteando algunas preguntas sobre el tema convocante y realizar un aporte conceptual sobre lo que considero inscripciones primordiales en la adolescencia.

La primera pregunta que surge es si son equivalentes las nociones de inscripciones primarias, primordiales y tempranas y cuál sería la relación entre ellas.

Desde la teoría freudiana la referencia a lo primario la encontramos en los conceptos de represión, identificación y narcisismo primarios así como a las llamadas fantasías originarias que incluyen a la escena originaria.

Los tres primeros conceptos se definen siguiendo una relación lógica que implica sus homólogos secundarios: represión secundaria, identificaciones secundarias y narcisismo secundario.

Lo primario aparece entonces en la obra freudiana como primer tiempo lógico, hipotético y necesario, observable desde sus derivados secundarios o sus efectos. En este sentido lo primario es fundante del psiquismo y lógicamente anterior a lo secundario. Aunque debemos observar que Freud no utiliza el mismo término alemán para señalar todo lo primario. Usa el prefijo “ur” para la represión (*Urverdrängung*), para fantasías originarias (*Urphantasien*) y para escena originaria (*Urszene*); en cambio para la indentificación y el narcisismo primarios (también para proceso primario), recurre al término “*primärer*” (*Primäre identifizierung* y *Primärer narzissmus* respectivamente). Algunas traducciones al español proponen reservar para el prefijo “ur” la traducción de “primordial u originaria” y para el adjetivo “*primäre*” el correspondiente español “primario”. De aquí es que podemos deducir una sutil diferencia entre lo “ur” y lo “*primäre*”.

Quizás quepa aquí introducir la distinción que Piera Aulagnier realiza respecto de lo originario y lo primario. Esta autora los propone como distintas agencias de representación psíquica (junto a lo secundario), con inscripciones propias y específicas para cada sistema. Escribe: [...] “*Nuestro modelo defiende la hipótesis de que la actividad psíquica está constituida por el conjunto de tres modos de funcionamiento, o por tres procesos de metabolización: el proceso originario, el proceso primario, el proceso secundario. Las representaciones originadas en su actividad serán, respectivamente, la representación pictográfica o pictograma, la representación fantaseada o fantasía, la representación ideica o enunciado*”, (Aulagnier, P., 1975; pág. 24).

Los tres procesos se suceden temporalmente, considerando Aulagnier que “*el intervalo que separa el proceso originario del comienzo del primario es extremadamente breve*”.

Podemos de este modo distinguir lo originario como inscripciones tempranas que **fundan** el aparato, y lo primario, como inscripciones primarias pero **sobre una base de organización fundamental**.

Sea que las denominemos primarias, primitivas, primordiales u originarias estas inscripciones se nos imponen como fundantes y necesarias para la construcción subjetiva.

Lo que queda además claro hasta el momento es que estas inscripciones son también tempranas o arcaicas. Este nuevo ingrediente teórico permite situar ciertas inscripciones psíquicas en una dimensión temporal. El representante teórico sobre lo temprano se inaugura con Melanie Klein y se continúa con Winnicott a través de sus respectivas consideraciones sobre el Yo, el Superyó y el Complejo de Edipo tempranos, y el vínculo temprano madre-bebé.

Recapitulando, tenemos hasta ahora un esquema que enlaza estas tres consideraciones sobre las inscripciones psíquicas primordiales: su función fundante, su valor de motor para el armado del aparato psíquico y su inscripción temprana.

Cabe preguntarnos ahora si todas las inscripciones primordiales (en el sentido de que lo esencial, lo primordial es que estas inscripciones **deben producirse** y que su ausencia o falla **no son sin consecuencias**) son tempranas, es decir inscriptas en los primeros tiempos de la vida.

Más precisamente la pregunta sería: ¿debería darse en la adolescencia algún tipo de inscripción, específica y propia de este tiempo de la subjetivación?

Repasemos resumidamente las consideraciones más relevantes sobre las características psicosexuales del adolescente.

Junto a la metamorfosis de la pubertad, Freud (1905) introduce el segundo tiempo de la sexualidad humana. El primer punto fundamental e insoslayable es el cuerpo, más específicamente los cambios corporales y las resignificaciones de la vida sexual infantil que empezarán a reelaborarse. Pero el dato más distintivo y diferencial respecto de esta última es que la adolescencia conlleva a que la **descarga de**

la excitación sexual sea una posibilidad, acto que en la infancia era biológica y fisiológicamente imposible.

Se producirá en el adolescente su aparición de un modo más o menos abrupto junto al reconocimiento del “estado de calentura” (si se me permite que lo nombre de este modo poco académico, pero fiel al discurso de uno de mis pacientes), y su derivación en la excitación genital.

Esta descarga es al principio masturbatoria pero poco a poco abre a la búsqueda de partenaire sexual. Considero este punto de gran importancia, a desarrollar más adelante.

La actividad sexual autoerótica tiene una función inicial de experimentación e inscripción, primer tiempo de reconocimiento de las nuevas sensaciones corporales, la nueva erogeneidad y su relación con fantasías excitantes. El joven y la joven descubren “qué los calienta”. A veces esto resulta angustiante.

Muchas son las manifestaciones sensoriales y sensuales que arremeten y exigirán su tramitación psíquica. Señalemos sólo algunas que considero fundamentales:

- La aparición de los primeros besos pasionales.
- Los sentimientos de amor y enamoramiento.
- La exposición ante otro también sexuado (homo u heterosexuales).
- La percatación de la reacción excitatoria (propia y ajena).
- La búsqueda y el encuentro del placer sexual compartido.
- La incorporación de la categoría de “cuerpo sexuado fecundo/fecundante”.

Creo importante resaltar el valor que otorgo a la experiencia real y concreta del adolescente en los ítems mencionados.

Considero entonces que a partir de lo brevemente expuesto anteriormente, estamos en condiciones de plantear que estas experiencias específicas y novedosas deben tener su modo de inscripción primordial. Propongo denominar **al conjunto de estas experiencias** como: "Inscripción primordial de la huella mnémica orgásmica". Cabe aclarar que la experiencia de orgasmo tiene un papel inaugural pero no remite sólo a la experiencia de descarga sino a *la inscripción de una nueva búsqueda de placer sexual y de relación con los otros.*

Precisemos algunas características de esta huella mnémica:

- No es una huella mnémica aislada; tal como lo que define a una huella mnémica, esta entra en asociación con otras en el sistema en el que se inscribe.
- No es una inscripción temprana, sino que se inscribe en un psiquismo ya estructurado hasta el momento y con características particulares, con una historia singular.
- Su valor de nueva inscripción es el punto desde donde resignificar lo anterior.
- Su presencia, falla o ausencia es observable por sus consecuencias. Ellas pueden mostrarse en la clínica desde diversos cuadros neuróticos o inhibiciones hasta los brotes agudos en la adolescencia o hebefrenias.
- Implica el orgasmo pero no sólo como posibilidad de descarga sino como encuentro subjetivante con un otro también sexuado.
- Aporta nexos a la resignificación de lo fálico en los términos de la pulsión genital.
- Promueve, como toda huella, a la recatetización del sistema que integra, abriendo a la interpenetración de lo pasado y lo por venir.

Si bien las teorías que ejemplarmente plantean los trabajos psíquicos del adolescente (a saber: los duelos, las resignificaciones, las desidentificaciones, las crisis de la identidad y la investidura de lo

exogámico y lo extrafamiliar) son incuestionables, considero que se enriquecen al incluir su raíz psicosexual en el logro y desenvolvimiento de ellas.

Que el o la joven puedan realizar estos trabajos específicos de la adolescencia no debe ser para el psicoanálisis confundido con un proceso natural que se da por evolución, por paso del tiempo o por determinantes biológicos de la especie¹. Considero que la eficacia en el transcurso por estos trabajos se debe en parte a la inscripción de la huella mnémica orgásmica tal como ha sido expuesto. La idea winicottiana de que la crisis adolescente sólo necesita tiempo creo que es válida para la crisis normal, aquella donde la huella mnémica orgásmica es la raíz y el motor de los desasimios y las nuevas investiduras.

A continuación plantearé, cómo ciertas recurrencias clínicas en diversos adolescentes, nos han servido para formularnos las preguntas que contribuyeron a gestar la propuesta conceptual de este trabajo.

La sensorialidad en juego y el encuentro con el otro

Ya enunciamos más arriba la importancia de las fuentes sensoriales y sensuales que arremeten a partir de la pubertad y la exigencia de su tramitación psíquica.

Varias y diversas consultas de adolescentes (y de otros ya pasados de la edad “esperable”) manifestaron como motivo de consulta un elemento común (común, por otra parte, entre los motivos de consulta de los adolescentes): un estado de insatisfacción y angustia ante una **ruptura sentimental**

¹ Al respecto Marcelo Viñar (2009), escribe: “El tránsito adolescente entre infancia y vida adulta no es solo madurativo sino transformacional, algo que se logra, se conquista con trabajo psíquico y cultural, o se estanca y culmina en fracaso.” (pág. 22). [...] “Se da la paradoja de un yo que aspira a la autonomía, a ser el amo, y resulta el esclavo de los imperativos corporales: sensaciones nuevas, tentadoras y temibles son señales enigmáticas que deberán ser descifradas y significadas. Trabajo inédito, insólito. Un cuerpo nuevo que envía sensaciones desconocidas, imperativas, extrañas, a decodificar, no sin conflicto entre la tentación y la prohibición.” (pág. 25).

reciente o la dificultad para iniciar y/o sostener una relación afectiva². Es decir, malestares que de un modo u otro incluían un encuentro con el otro.

Obviamente, estos temas resultan a los ojos de la clínica psicoanalítica los motivos más frecuentes en este período de la vida, y es “desovillando el ovillo” de cada subjetividad que procedemos en la cura y no trabajando sobre estos motivos, en el sentido de consejos u orientación vocacional, laboral o sentimental.

Pero esta recurrencia clínica y la diversidad de recursos frente a ello, permitió situar las siguientes preguntas: ¿por qué algunos de estos adolescentes podían plantearse y resolver de distintos modos estas cuestiones cuando otros parecían tan trabados, alejados o imposibilitados de ello? ¿Qué es lo que permite u obstaculiza que estos trabajos simbólicos específicos y necesarios en la adolescencia (duelos, desfamiliarización, exogamia, etc.) se produzcan?... Y más precisamente: si en la adolescencia se produce la más importante resignificación, ¿desde qué posición subjetiva se produce esta resignificación? ¿Es necesaria una nueva inscripción, específica, que promueva la efectividad de todo este complejo trabajo psíquico?

El planteo teórico de que en la adolescencia se realizan precisos trabajos simbólicos, ¿supone la idea de que éstos se producen sí o sí? La dificultad para ello, ¿se debe a las inscripciones previas o a la falla o ausencia de una inscripción nueva? La clínica nos plantea interrogantes cuando observamos jóvenes cuyas infancias cursaron sin ningún inconveniente y en la adolescencia se muestran gravemente complicados, o bien otros que de niños presentaban claras patologías y que al llegar la adolescencia se transforman en deliciosos jóvenes.

² En la mayoría de los casos, esta queja vino acompañada de dudas e inseguridad en la elección de estudios universitarios o laborales.

Una serie de viñetas clínicas tal vez nos permitan, desde sus semejanzas y diferencias, acercarnos a la idea de que estas experiencias específicas, sensoriales y sensuales con un otro, deben tener su modo de inscripción primordial, generando el punto de partida para una posible resignificación típica de la adolescencia.

El encuentro con el otro, encuentro consigo mismo

Un joven de treinta y cuatro años consulta por “ansiedad e irritabilidad”. Vive en el campo con sus padres ancianos; es el hijo menor de la familia, siendo sus hermanos mayores que él, diez y quince años. Se queja de sentirse disconforme con su vida. Maneja solo con solvencia y eficacia las tareas del campo familiar. Nota que siente arrebatos de furia; en una oportunidad, ante un ternero rebelde a ser arriado, le dio un puñetazo en la cabeza y lo mató. No tiene vida social, no tiene ni tuvo nunca una novia, ni relaciones sexuales. Si bien ha terminado el secundario y mantiene “amigos”, desconoce lo que es el contacto afectivo con una amiga o amigo, una relación de intimidad con otro con quien hablar de sí o para saber del otro. Hablar en la sesión le cuesta horrores.

Su vida se centra en el campo y en cuidar/satisfacer/aguantar a sus padres. Dice: “*Me siento un niño grande*”...

Este “niño grande”, capaz de matar un ternero de una trompada, se sorprende de la fuerza que posee; no se queja de su vida laboral sino de algo que siente “*que no creció*”. Interesante oposición entre el desarrollo y la fuerza corporal y la insuficiencia subjetiva. Poder salir de su encierro familiar, intentar conocer gente (léase mujeres) se le presenta como una tarea desfasada en el tiempo y ante la cual no tiene “*herramientas*” (la mayoría de sus amigos ya están casados y algunos con hijos pequeños).

Los casos de Moro y de Eugenio (los dos de veintiún años) difieren del anterior en que ambos han estado de novio desde los doce y quince años respectivamente. La diferencia es que el primero ha dejado a su novia porque siente que quiere vivir otras experiencias pero en el intento de vivir más libremente, observa que padece de eyaculación precoz... (Moro ha sido siempre precoz, en todo). Por otra parte, Eugenio es dejado por su novia ya que estaba cansada de su pasividad y falta de propuestas. Se deprime y evalúa que por haber perdido lo que había logrado, su vida no es lo que él quisiera. Quiere olvidar a su novia y no puede; quiere conocer otras mujeres y no sabe cómo hablarles; quiere cambiar de trabajo y no se imagina cómo se hace.. Todo en su vida se le ofreció servido como en bandeja y ahora, dice, *“acercarme a lo que quiero -y sé qué es lo que quiero-, no sé cómo hacerlo”*.

Un elemento coincidente entre ellos es que, una vez de novios, creyeron que ya habían logrado y llegado al punto necesario (luna de miel con el Ideal del Yo). Ambos sentían que buena parte de sus vidas estaban ya resueltas. Pero ahora, al intentar **nuevas experiencias**, algo les muestra una falla y no pueden concretarlo ¿Esta “precozidad” o “el alcance del Ideal”, detuvieron u obturaron la inscripción de nuevas huellas y lo exitosos que fueron de niños no puede ser resignificado desde un presente “en falta”?

¿No es acaso reveladora la percepción del “niño grande” acerca de un “algo” que no se cumplió cuando tendría que haberse inscripto, y de lo que ahora padece su consecuencia?

Es en estas consecuencias donde leemos las fallas de la inscripción primordial de la que hablamos, o su ausencia.

La cualidad sensorial de estas experiencias se asemeja al material de lo Originario sobre el que se inscribirían, en los términos de Aulagnier (1975), los pictogramas. Sin embargo, la huella mnémica orgásmica, tal como la he propuesto, podría considerarse como parte de lo Originario pero no al modo de los pictogramas tempranos que son inscripciones fundantes e inaugurales del psiquismo; esta nueva

huella se inscribiría en un psiquismo ya fundado y con una cierta determinación histórica narcisista y edípica. En este sentido sería originaria pero no temprana.

La sensorialidad en juego parece ser la materia prima de esta nueva inscripción. Su percepción a nivel corporal y su impacto “emocional” deben ser metabolizados en la psique y abren a muchos adolescentes a un duro contacto consigo mismos. Así lo manifestaba una joven de dieciocho años en su análisis, luego de percatarse cuánto la había excitado el beso de una amiga en un boliche: *“Esto ¿qué quiere decir?; ¿soy lesbiana, soy bisexual? Esta mina me dio vuelta la cabeza. No entiendo nada”*. Durante un tiempo largo dejó de frecuentar ese boliche para evitar su contacto pero... el encuentro fue inesperado y la atracción volvió a manifestarse... *“Esta mina me histérica, me histérica [en el sentido de que la pone histérica a ella, le genera angustia]. Al principio pensaba que era por el boliche... la situación... pero ahora me doy cuenta que me pasan cosas, [llora, muy angustiada, por primera vez de este modo en su análisis], ¿me entendés?, no puedo dejar de pensar en ella. Me pasan cosas... fuertes... ¡No me puedo engañar más...!”*. Esta experiencia corporal y emocional abrió un capítulo en su análisis sobre su identidad sexual; pudo recordar las burlas de sus compañeros del secundario acerca de su falta de feminidad. En aquel entonces le molestaba pero no sentía que las burlas tuvieran que ver con ella; ahora sí pero ya no siente que eso le moleste.

Un interesante contrapunto se puede observar entre los dos casos siguientes respecto de la significación de la sexuación (en términos de nueva inscripción) y su resignificación.

Los padres de una joven, a la que llamaremos Raquel, de diez y seis años consultan luego de un episodio que generó una gran crisis familiar: su hija se puso de novia y tuvo su primera relación sexual. La madre llorando desconsolada pone el acento en la edad y el padre gritando como un loco, en el hecho de que el joven era de raza negra. En las primeras entrevistas, Raquel se presenta claramente deprimida y desvitalizada. Manifiesta que por primera vez en su vida sintió que tenía un grupo de

amigas que la querían, la llamaban y convocaban a salir. Es gracias a ellas que conoce a su novio y no duda en contárselo a su madre. Esta le propone que lo invite a cenar así lo conocen. Pero al abrir la puerta, el padre lo arrastró a la calle *“a patadas en el culo, pero no metafórica sino literalmente”*, aclara Raquel llorando sumamente angustiada. A partir de aquí se produce una crisis familiar de la que Raquel jamás imaginó que sus padres fueran capaces de decirle las barbaridades que escuchó. *“Putá fue lo más suave. Mi papá cada vez que me ve, me grita unas obscenidades que no puedo reproducir³. Me encerraron en mi cuarto con un candado para que no salga con mis amigas y no vea a mi novio; él me llamó y le pedí que no vuelva a llamarme más... Ya no me tienen encerrada en el cuarto pero ahora soy yo la que no quiere salir. Decidí no salir más. Basta de amigas, basta de novio. No podría soportar tener que volver a escuchar las cosas que me dijeron. La peor decepción es con mi mamá; ella siempre me dijo que cuando tuviera mi primer novio se lo contase y cuando lo hice, mirá el kilombo que se armó”*.

El recurso al autoaislamiento profundizó la depresión llegando a ser muy preocupante. A pesar de que los padres, flexibilizaron un poco su postura, Raquel se autoexiliaba en su habitación, saliendo de esta sólo para ir al colegio. El punto de más dolor para ella era darse cuenta de que había logrado tener amigas y un novio (que era muy bueno y cariñoso con ella) y que aquello había sido un paso muy importante en su vida, sobre todo por lo que había sufrido en su infancia ante su exclusión social. El embate mortífero de la familia desarticuló el germen de esta nueva inscripción posibilitadora, tal vez, de un futuro distinto de lo acontecido cuando era pequeña. La resignificación de su dañado narcisismo infantil confirmaba, desde su presente, lo inalcanzable de los logros de las demás adolescentes y le ofrecía una imagen de sí doblemente fracasada (en su infancia y en la actualidad) en la aceptación social por sus pares. Vemos en este caso que lo que la joven venía tramitando con cierta eficacia en lo

³ Las obscenidades eran de tal magnitud y grosería que no resulta apropiado reproducirlas aquí. Simplemente aclararé que al padre se le detonó una cuestión paranoide que giraba en torno al mito sexual de la raza negra y a la madre fantasías de raptó, violación y robo de órganos.

que respecta al grupo de pares y la exogamia, fueron brutalmente barridos por la acción tanática parental. La inscripción primordial de la huella mnémica orgásmica (como inscripción psíquica global de estas experiencias nuevas), sucumbió ante los embates de la violencia de sus padres y de su predisposición melancólica infantil.

Opuesto a esto resultó la evolución del caso de Ignacio, de diez y nueve años. Joven inteligente, afectuoso y sociable pero con una posición subjetiva en aquel momento, que podríamos denominar como temerosa, infantil e insegura. Se presentaba como "Igui". Lo llamativo de este adolescente era su extraordinaria belleza masculina. Belleza de la que parecía no haberse enterado ni saber qué hacer con ella. Infantilmente, con picardía y con un aire de ingenuidad genuina (no impostado) se sorprendía cuando sus compañeras de facultad desparramaban "misteriosamente" sobre su pupitre papelitos doblados con sus números de teléfonos celulares. Decía: *"Me doy cuenta que me miran. La cajera del buffet, todos los días me dice: 'hoy te pusiste otro perfume; a ver... dejame olerte...'; yo voy ensayando distintos yoes; un día me pongo serio, otro me hago el histérico, otro el ganador... Me divierto..."*. Pero no entendía bien cuál era el juego.

En una oportunidad sale con una compañera; tienen relaciones sexuales y al despedirse de la chica le plantea -como para protegerla de algo y para evitar problemas con sus compañeras de curso-, que en la facultad hagan como que entre ellos no pasó nada. Su compañera empieza a reírse a carcajadas y le confiesa que todas sus amigas sabían que iban a salir, que en realidad habían hecho una apuesta entre ellas para ver quién se "lo volteaba" primero... Este juego lo inquieta pero no le disgusta; comienza a descubrir la actividad sexual de las mujeres. Aunque lo verdaderamente transformador surgió cuando sale con otra compañera, mayor que él unos pocos años, y en medio de abrazos encendidos y manoseos mutuos, ésta exclama -gratamente sorprendida- que él tiene el pene más grande que jamás

vio en su vida. "Igui" cuenta esto sorprendido. A mi pregunta: ¿y vos esto no lo sabías?, responde que no, que siempre pensó que su pene era "normal".

Comprenderán que no estoy hablando de anatomía real sino del efecto que esta **nueva mirada, nueva significación** de una mujer "mayor", tuvo sobre este adolescente. Apropiarse subjetivamente de su miembro viril hizo de este joven infantil e inmaduro un hombre con falo. Imaginarizado en su pene, el efecto de masculinización y seguridad que le otorgó fue sorprendente. Su potencia fálica pronto se vio reflejada, además de sus múltiples conquistas, en su carrera donde comenzó a estudiar de un modo más eficaz, obteniendo excelentes calificaciones y en el inicio de un muy buen empleo (inicio del que decía era el mejor día de su vida).

Encontramos en estos dos casos, Ignacio y Raquel (con destinos muy disímiles), la eficacia y la función de nuevo ordenador de la palabra y/o mirada del otro en la tramitación de estas nuevas inscripciones.

Es conveniente introducir ahora una breve referencia al lugar o función del trabajo de ligadura y resimbolización del analista en el interior del espacio de la transferencia. Cito para ello a Silvia Bleichmar: *"Desde esta perspectiva, el proceso de la cura puede ser concebido como espacio privilegiado de la resimbolización. Lugar de re-engendramiento, a partir de que lo traumático no es lo vivido en general, sino aquello que no pudo encontrar, en el momento de su inscripción y fijación, de su caída en el aparato, de ese "significado al sujeto", posibilidades metabólicas de simbolización productiva"*. (Bleichmar, S., 1993, pág. 93).

Continuando con esta idea, más adelante agrega: *“La cura no se limita a ir al encuentro de un inconciente que estaba allí desde siempre. En tiempos de infancia⁴, la intervención analítica genera las condiciones de fundación misma del inconciente, otorgando las posibilidades de complejización y recomposición psíquica para que lo pulsional insistente y “fijado al sujeto”, encuentre un emplazamiento más o menos definitivo en el marco de un tiempo siempre abierto hacia nuevas experiencias, vale decir, a nuevos traumatismos y nuevas resimbolizaciones”*. (Ob. cit., pág. 295). Trabajo que intentaremos ejemplificar con alguno de las viñetas que se comentan en el apartado siguiente.

La categoría fecundo/fecundante

Señalamos al comienzo que los cambios corporales en la adolescencia incluyen un capítulo inédito hasta el momento y es la posibilidad de engendrar. Pero he observado en distintos casos que esta posibilidad biológica no siempre va acompañada de su equivalente a nivel psíquico. Planteo que para que este cambio fisiológico sea efectivo, debe darse la incorporación de una nueva categoría psíquica que denomino “categoría del cuerpo sexuado fecundo/fecundante” (pieza integrante de la inscripción primordial que estamos estudiando).

En este sentido, la distinción femenino/masculino se complementa con otra que es aportada por la inclusión de la fecundidad como: ser sexuado fecundo/fecundante.

Dos breves ejemplos: Una paciente relataba que al llegar la menarca, su madre le dijo: *“A partir de ahora sos mujer y tenés que cuidarte de los hombres. Yo no entendía cómo la menstruación me había transformado en lo que ya era y de qué, de un día para el otro, me tenía que cuidar de los hombres”*. En cambio, un hombre joven que está esperando el nacimiento de su primer hijo recuerda que el día que tuvo su primera eyaculación a los doce años, le dice a su padre: *“Tengo que informarte que estás en condiciones de ser abuelo”*. Nuevamente, la palabra de un otro significativo (padres, amigos o analista)

⁴ Y agrego la Nota personal: también en tiempos de la adolescencia.

abre a la posibilidad (o no) de inclusión de esta nueva categoría que no viene anexada al cambio biológico y que el **saberse** fecundante o fecundo es una *construcción* previa a la concreción biológica de un embarazo. Al decir de Viñar, *“La adolescencia, como proceso, se construye, la maduración acompaña; la biología es una apoyatura (anaclisis), pero no es lo nuclear”* (Ob. cit.; pág. 22).

En un grupo de adolescentes entre quince y diecinueve años comentan de modo anecdótico y habitual sobre los embarazos de sus amigas y vecinas adolescentes. Interrogados respecto de lo frecuente de estos embarazos y si ellos toman algún tipo de profilaxis, responden a coro y riendo: *“¡No pasa nada!”*. ¿Desmentida o falta de posicionamiento subjetivo ante la fecundidad?

Una joven de doce años llega a la consulta luego de nacer su hija. La motiva la preocupación de las monjas del hogar donde vive (por intervención judicial), ya que no alimenta a la bebé porque tiene sueño y quiere dormir.

Tres meses antes del alumbramiento, la tía de la joven nota que come mucho y está engordando bastante y la lleva al hospital. Diagnostican un embarazo de seis meses.

Al preguntarle sobre su bebé, dice que no sabe quién podría ser el padre. Explica: *“Supongo que es Sombrerito”*, el payaso del circo que pasó por su pueblito y al que ayudó como “asistente” en las funciones. Lo que no entiende es porqué quedó embarazada. Agrega: *“quizás es de él, pero no entiendo porqué no quedé antes, cuando lo hicimos antes...”*. Es decir, que ella atribuye la posibilidad de embarazo al último coito y no a la fecundidad en juego en cualquiera de las cópulas sexuales.

Otra viñeta: un adulto de treinta y siete años, ha dejado embarazada a su nueva y reciente novia. Está sorprendido ya que estaba seguro de ser estéril. Al investigar sobre esta fantasía cuenta que siempre pensó eso porque nunca se cuidó y ninguna novia quedó embarazada. Casi todos sus amigos en la

adolescencia, pasaron por un embarazo inesperado menos él, lo que lo llevó a suponer que era estéril. Ante mi pregunta sobre si no había pensado nunca en hacerse un espermograma para disipar esta duda, responde negativamente. Su categoría de fecundante sólo se confirmaba con una fecundación. Lo que hacía pensar que esta categoría no estaba vigente *para él* psíquicamente (a diferencia del padre primerizo del primer ejemplo).

La intervención fue interpretar que él creía que lo que eyaculaba “era agüita”, no semen y que su pene era un pito de orinar. Los efectos de esta intervención fueron muy importantes. Comenzó a cuestionar su *look*, ciertamente similar al de un adolescente, su fuerte deseo de ser padre y su cercanía a los cuarenta, edad que tenía su padre cuando él nació.

En la “niña-madre” nos impactan más sus explicaciones por tratarse de un embarazo precoz que nos llevó a pensar la hipótesis de la ausencia de inscripción de la categoría de cuerpo sexuado fecundo y lo alejada que estaba de subjetivar la experiencia reciente de maternidad.

A modo de conclusión, más al modo de una apertura

He intentado plasmar a través de esta serie de viñetas, tal vez demasiadas, un mapa clínico desde donde poder pensar los diferentes modos de procesamiento de lo que la mayoría de los teóricos plantean sobre los trabajos simbólicos de la adolescencia, para apuntar a considerar que esos trabajos no se dan por “entrar en la adolescencia” sino que es necesario una nueva inscripción que permita y garantice la efectividad de aquél trabajo.

Podemos incluir aquí la consideración que es muchas veces efecto del análisis la producción de esta herramienta faltante, inscripción en transferencia que no exime del análisis de las vicisitudes históricas, edípicas y narcisistas de cada quien. Al contrario⁵.

He tratado de transmitir una hipótesis conceptual. La clínica nos invita a poner a prueba nuestras herramientas teóricas. Les propongo, los invito, a profundizar y cuestionar este pequeño aporte.

⁵ Al respecto Silvia Bleichmar escribe: [...] *“Si este aparato está abierto siempre a la posibilidad de nuevas inscripciones, de recibir elementos de lo real exterior –elementos “traumáticos”, capaces de producir aflujos energéticos que deben ser domeñados o expulsados para mantener su constancia- las representaciones previamente existentes, aun cuando permanezcan como tales en su singularidad, se entrelazan de manera diferente en la totalidad resultante”*. (Bleichmar, S., 1993, pág. 86).

Bibliografía

- Aulagnier, Piera: (1975) *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires, Amorrortu, 1977.
- Bleichmar, Silvia: (1993) *La fundación de lo inconsciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- Freud, Sigmund: (1905) *Tres ensayos para una teoría sexual*, "La metamorfosis de la pubertad". *Obras Completas*, Tomo 2. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- Hinshelwood, Robert: (1989) *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B.: (1968) *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona, Labor, 1981.
- Viñar, Marcelo: (2009) *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo, Uruguay, Ediciones Trilce.
- Winnicott, Donald: (1971) *Realidad y juego*. Buenos Aires, Gedisa, 1988.